

VI

¡Al menos quedó Elena, que era tan cariñosa y tan dulce! La pobre niña semejaba comprender las congojas de sus padres, conforme los acariciaba y les sonreía con ahinco redoblado. Por aquellos días parecieron despertar su inteligencia y avivarse sus afectos; discurría cosas admirables, y era más tierna y fina que nunca. A su lado hallaron Alvaro y Pía inmenso consuelo, pensando que aquella criatura reunía el alma de sus dos hijos y que los quería por sí y a nombre de Julio. Y se consagraron desde entonces a ella con mayor y más enardecido cariño, y todos sus proyectos y los latidos todos de su corazón convergieron en ella.

—Ahora que hemos perdido a Julio, decía Alvaro con lágrimas en los ojos, es preciso querer a Elena por él y por ella. ¡Es lo único que nos queda! Dios nos la ha conservado para nuestro consuelo.

Mas Pía estrechaba a su hija contra el corazón, como si quisiera defenderla de un enemigo invisible.

Pasó algún tiempo y los esposos comenzaron a entrar en sosiego, no porque se olvidasen un punto de su hijo muerto, sino porque habían reconcentrado sus afectos

en la dulce niña que tenían a su lado. Como el náufrago restituído a la playa acaba por serenarse y por no pensar en los horrores de la tormenta, así Alvaro y Pía fueron perdiendo de vista poco a poco los rasgos más terribles de la pasada tragedia, para caer en un nuevo éxtasis de amor paternal. Bellos colores mostraba en el rostro la niña; echábase de ver en sus ojos el fuego de una infancia dichosa y en todo ostentaba la fuerza de una salud floreciente. Las aprensiones que por largo tiempo habían atormentado a los padres, acabaron por disiparse a la vista de tanta robustez y lozanía. Confiaban al fin en que Elena, su encanto y su consuelo, los acompañaría mientras durase su peregrinación en la vida, y cerraría sus ojos con mano piadosa, cuando sonara para ellos la hora del eterno descanso.

Pero, como suele desprenderse el rayo de un cielo sereno, con asombro y terror de cuantos le oyen o miran, así llegó la catástrofe de improviso al hogar de aquellos confiados esposos. Una mañana, al despertar, vio Pía encendido el rostro de Elena y al tocar sus mejillas sintiólas tan ardientes que le abrasaban la mano. Tosía y respiraba fatigosamente la niña. En vano procuraron darse ánimo los míseros pa-

!

JAS,

ES.

el desarro-
el hombre
te todo. en

URGOT.

ena, trium-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

dres, pensando que todos los niños enferman y que su enérgica vitalidad se sobrepone a uno y a otro contratiempo; en el fondo de su corazón se levantaron dolorosos un espantoso recuerdo y un presentimiento cruel.

Volvió con esto Pía a sus antiguas luchas, de lágrimas, temores y ruegos, y no hacía más que velar a la niña y pasar las horas de rodillas ante la imagen de Jesús. Y otra vez, y otra, revolvió en su pensamiento la frase humilde y abnegada: "¡hágase tu voluntad!" repitiéndola con acento de mártir. No pueden ser pintadas ni comprendidas sus congojas.

Quería a Elena con todo el corazón y no concebía sin ella la existencia. Para salvarla de la muerte, habría permitido que la atormentaran, hubiera dado mil veces la vida. El verla sufrir le despedazaba el corazón. ¿Qué había hecho aquella inocente para merecer tan crueles tormentos? Faltábale la respiración, silbábale la garganta, amoratábasele el rostro: parecía que le oprimía el cuello un dogal que a cada momento se iba apretando más y más. Revolvíase en el lecho, como los defensores de la fe en las parrillas donde los quemaban los gentiles, y agitaba las manos pidiendo socorro contra la asfixia que la

sofocaba. Mirarba a sus padres con ojos de súplica, esperando de ellos auxilio y salvación. ¡Como que estaba acostumbrada a que la protegieran en todos los riesgos! Y la hubieran salvado a cualquiera costa, si hubiesen podido hacerlo, porque no anhelaban otra cosa, ni le pedían a Dios más que eso. Si les hubiera sido dable libertarla del mal haciéndolo suyo, ahogándose, cortándose el aliento con horribles angustias, ¡con cuánto placer hubieran trocado su salud por aquellos padecimientos y aquella agonía! Hubiéranse acercado a su boquita anhelante y absorvido las emanaciones deletéreas que exhalaba, hasta caer extenuados y moribundos, para que ella se levantase otra vez fuerte. Pero nada de eso era posible. A ellos, que tanto la amaban, no les era permitido más que ser mudos espectadores de su inmolación. No podían luchar, no veían al enemigo. No podían ofrecerse en holocausto; no había quien aceptara su sacrificio.

Acercábase Pía a la camita donde se retorció Elena en las torturas de la sofocación y la llamaba con tiernas palabras, preguntándole lo que sentía. Pero se espantaba al oírla, porque de aquella garganta infantil, manantial de notas argen-

!

JAS,

ES.

el desarro-
el hombre
te todo. en

URGOT.

ena, trium-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

tinias, desprendíanse acentos roncós y desgarradores, que no parecían pertenecerle.

No hay para qué relatar punto por punto los trágicos sucesos que se desarrollaron en aquel hogar con rapidez vertiginosa, ni para qué decir cómo fue aumentando la angustia de la inocente, cómo se le fue cerrando la garganta y cómo le fue faltando el aire respirable. ¡Imposible detener la marcha precipitada de aquella dolencia! En vano se apoderaron los doctores de aquel cuerpecito exánime, y le abrieron la tráquea para que respirasen los pulmones; no fue eso más que una tragua, porque el mal había invadido los órganos profundos de la respiración, y no fue posible seguirle a un sitio tan recóndito.

¿Cuál no sería el sufrimiento de aquellos padres infelices que perdían el único consuelo que les quedaba en la vida, su refugio, su amparo y su esperanza? Agitábanse como enagenados por los aposentos, acudiendo con las medicinas, abriendo puertas y ventanas, interrogando a los médicos con labios lívidos, cayendo de rodillas a cada momento. La servidumbre lloraba consternada. Elena era el encanto de cuantos la conocían; la mimada de todos; la alegría del hogar. Ante cada ima-

gen bendita había quien suplicase; por dondequiera resonaban plegarias.

—¡Madre de los desamparados, sálvala!

—¡Jesús crucificado, ten piedad de nosotros!

—¡Señor, un milagro!

Tales eran las voces y preces que resonaban por la casa en medio de sollozos y gemidos. Pero todo fue inútil; estéril la lucha, impotentes las oraciones y las lágrimas. El Omnipotente había decretado el fin de aquella tierna existencia y no fue posible alcanzar la revocación de su fallo.

Como cordero sacrificado expiró Elena blandamente, presa de letargo profundo que acabó por convertirse en muerte. No penetró ya a su pecho ni un átomo de aire; una mano de hierro se lo oprimió hasta dejarla exánime.

Los míseros padres quedaron como petrificados ante el cadáver de su hija. Allí estaba la niña encantadora, luz de sus ojos, centro de su dicha, resumen de sus ilusiones; allí estaba, inmóvil y aterida, helada y muda para siempre.

Amorato el rostro, contraída la boca, apagados los ojos, parecía combatiente vencido en terrible batalla; y más aún lo parecía por la ancha herida abierta que

!

JAS,

ES.

el desarro-
el hombre
ie todo. en

URGOT.

ena, triun-

SMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

mostraba en la garganta, y por la sangre que manchaba sus ropas. ¡Vencida! ¡No había de serlo si era tan pequeña? ¡Vencida! ¡No había de serlo si era tan débil? No les quedaba nada sobre la tierra.

¿Qué iban a hacer en aquella soledad tan espantosa? ¡Adiós los juegos, las risas, las alegrías de antes, de ayer, de hoy todavía pocas horas! La tristeza y el silencio se habían despeñado de un golpe sobre su hogar antes tan dichoso; y más que sobre su hogar, sobre sus corazones mudos de espanto y desfallecidos por la angustia.

VII

Desde que el sacerdote bendijo la unión de Alvaro y Pía, fue creciendo el amor de éstos, por momentos. Ni la costumbre de verse, ni la posesión de la dicha, ni los contratiempos de la vida lograron enturbiar sus afectos; antes bien, todo cuanto plugo a Dios mandarles de dicha o de desdicha, fue robusteciendo poderosa y gradualmente los vínculos de su cariño. Eran tan leales y buenos, comprendíanse de tal modo, sabían a tal punto apreciar su mutua nobleza, que su vida en común agrandólos a uno y a otro a sus propios ojos, elevándolos e idealizándolos a un mismo tiempo

Sus almas eran gemelas; Dios las había criado para que se entendiesen y se amasen. Así se lo decían a cada momento, en medio de los transportes de su amor.

¿Qué habrían hecho en su soledad, si no se hubiesen querido tanto? Causábalos espanto pensarlo. Consolábanse con palabras cariñosas y mostraban tal solicitud por aliviarse sus dolores, como si cada cual no los sufriese y tuviese por única misión enjugarse las lágrimas del otro. Juntos evocaban los recuerdos de sus hijos, lloraban pensando en ellos, y se pasaban de boca en boca los mechoncitos de pelo ensortijado que ella había cortado sobre la pálida frente de los niños.

Así descansaban de sus penas, comunicándose y confundiendo sus lamentos y sus lágrimas. Para eso se habían elegido por compañeros: para gozar y para sufrir el uno al lado del otro. Juntos para el amor y para el dolor; juntos para reír y para llorar; juntos en la felicidad y en la desventura: ¡juntos, siempre juntos! Hallaban un placer melancólico en ser tan desventurados, y en encontrarse unidos en el mismo duelo; los dos con igual título para llorar, ambos igualmente desgraciados. El infortunio había apretado más y más los lazos que los ligaban; se sentían

! JAS,

ES.

el desarro-
el hombre
de todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

consagrados por el sufrimiento, llevando en la frente la corona de espinas de una misma pasión.

VIII

Pero la suerte de Pía fue mas infausta que la de Alvaro, porque éste llegó más pronto que ella al cabo de la vida. ¡Qué días tan crueles y qué noches tan angustiosas pasó ella junto al lecho de su esposo moribundo. Largo fue el combate, porque la juventud de Alvaro luchó heroicamente con la muerte, y porque Pía le escuchaba con su amor y con sus tiernos cuidados; pero venció al cabo la inexorable, porque todo lo vence en este mundo. Y al fin la joven quedó sola, como golondrina rezagada, que no parte con sus compañeras en seguimiento del sol, y se para temblando en rama de árbol sin hojas, mientras sopla el cierzo iracundo y cubre los campos el sudario del invierno.

Cerró los ojos del amado con mano conmovida; besóle la noble frente, y allí mismo, al pie del lecho mortuorio, murmuró con la vista puesta en la altura, la eterna frase de su heroísmo:

—“¡Señor, hágase tu voluntad!”

IX

Todo tiene fin en este mundo perecedero, las risas como los sollozos, la felicidad como la desgracia. La soledad, el abandono, el inmenso infortunio de Pía, fueron minando su salud lentamente, hasta que al fin llegó para ella el día del eterno descanso.

Pasó la viudez pensando en los que tanto había querido y que ya no eran; y no volvió a sonreír ni buscó medio de aliviar su pesadumbre. Entregóse a ella sin reserva porque, como Raquel, no quería ser consolada. Su ilusión única fue desde entonces salir de este mundo de llanto y de tristeza. Vivió contemplando, acariciando y besando las dulces prendas que pertenecieron a aquellos seres inolvidables, y en constante coloquio con sus espíritus. No le separaba de ellos más que la gastada envoltura que la envolvía; pero con placer la vio irse debilitando diariamente, hasta que su alma inmortal pudo sacudirla y tender las alas por el espacio.

Murió Pía abrasada a un Crucifijo, con los labios pegados a sus pies benditos y taladrados por crueles clavos. Aun no se desprendía de la tierra su espíritu, cuando una gran explosión de luz brilló ante

!

JAS,

ES.

el desarro-
el hombre
de todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

Napoleón Emperador. — Courrié- ne.	0.80
Pequeñeces de Napoleón. — Cous- tant	0.80
Elba y los Cien días.—Chaboulon „	0.80
La Abdicación de Napoleón.—Cous- tant	0.80
El Ocaso de Napoleón.—Coustant „	0.80
Napoleón en Sta. Elena. — Les Cases	0.80
La muerte de Napoleón. Les Ca- ses.	0.80
La novela de Roger de Flor.—Mon- cada	0.80

COLECCION ESTUDIOS HISTORICOS

Marido de una Alteza.— Tocelli \$	0.90
La Reina de las Reinas.—C. Hare „	0.90
El Drama de los venenos.—Fuarck Bretano	0.90
La muerte de la Reina.—Frunck Bretano	0.90
Los verdugos de Nantes.—Lenotre „	0.90
Los últimos días de Napoleón.— Fremeaux	0.90



¡ABAJO LOS TOROS!

POR

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS SOCIALES.

Consiste el progreso en el desarro-
llo gradual del poderío del hombre
sobre la materia; y, más que todo, en
el de la Moral.

TURGOT.

Cuando una causa es buena, triun-
fa tarde ó temprano.

J. SIMON.



MÉXICO.
IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906